

Pequeñas historias paralelas

1991

Publicado en: *Ábside*, nº 15, Sigüenza, diciembre 1991.

Como introducción al siguiente artículo se puede decir que, después de un viaje por Polonia, al ver las similitudes del escudo de Sigüenza con el de Wadowice, ciudad natal del actual Romano Pontífice Juan Pablo II, surge la idea de este escrito. No obstante, el texto se limita no sólo a comparar las distintas armas sino también la historia y geografía, contando todo lo que en esos dos ámbitos tienen en común Sigüenza y Wadowice. Así, por ejemplo, si se habla de “manzanos, ciruelos y perales”, o de piezas de caza, es porque esas dos ciudades gozan de todas esas cosas. Y además de entresacar características de ambas, puede ser interesante rastrear también el continuo juego que se hace con los dos temas, el tiempo y el espacio. Incluso se podría ir más allá de las comparaciones, otorgándole a Sigüenza el título de Historia, y a Wadowice el de Geografía. Aquella las raíces, esta el viaje. Aunque lo mejor para poder captar esta personal intuición, quizá la única manera, es ir allí y vivirlas...

Pequeñas historias paralelas

En tiempos remotos e inciertos, a miles de kilómetros... Hace ahora ya muchos, muchos años, cuando la distancia es tal que todo se sitúa en un “más allá” impreciso... Siglos oscuros, lugares recónditos... Es entonces cuando un hombre que viene del ignoto Este y del Norte, llamado Wad, quiere asentarse a orillas de un río.

Corriente amable, de sencillo vadeo y seguro refresco. Márgenes verdes, luminosos y accesibles. Recodos de cantos rodados blancuzcos, que facilitan el baño y el descanso. Es el Skawa, que le hace considerar la idea de constituir un hogar junto a él.

Después de atravesar inacabables llanuras, colmatadas de lagos. Siempre remontando el gran Wisla, que se empeña en ir eternamente hacia el lejano y frío mar. Y por fin encontrar y seguir ese simpático afluente que baja del Sur. De hecho, enfrente, unos poderosos montes le cierran el paso.

Bien podría tenerse este episodio como paralelo al que, seguramente tiempo antes, viviría el hombre que querría morar sobre los promontorios cercanos al Henares, cuyas aguas acaban por llegar también a otro incansable viajero de largos recorridos, el Tajo.

En efecto, seguir parece hacerse más difícil, pues comienzan los intrincados Beskidy, presididos por el macizo cristalino del Alto Tatry. Hacia el Este no parece haber solución de continuidad. Pero en el Oeste se anuncian los llamados Montes Gigantes, cuyo apelativo no puede ser más gráfico.

Además, ahí, el abundante carbón de la zona facilita pasar los gélidos inviernos, aunque no faltan los bosques, pinos y encinas. Prados para el ganado, ovejas y caballos. Tierras de centeno, trigo y cebada. Coles, guisantes y judías. Y donde manzanos, ciruelos y perales arraigan bien.

En sus paseos por los campos descubre bandadas de perdices, liebres y de vez en cuando algún zorro nervioso. Esas excursiones le acercan a veces hasta las escarpadas laderas grises de las imponentes cadenas montañosas, y en su camino se cruza con historias de la región, como la de Wanda, la bellísima hija del príncipe Krak, y el terrible dragón oculto en una gruta de la Loma de Wawel. O aquellos malditos negros pájaros de mal agüero, que revolotean como premonición de un horror futuro sobre el vecino lugar que con el tiempo toma el nombre de Oswiecim.

Pues bien se sabe que el entorno de Sigüenza es igualmente agraciado al de esta narración, pero también en la historia, y no sólo en la geografía. Épica forjada con la suma de los muchos siglos que sus gentes llevan en el ejercicio de la nobleza de carácter.

Así, con el transcurso de los decenios, el emplazamiento elegido por Wad para enraizar su linaje termina por conocerse con el nombre de Wadowice, por lo menos desde el antiquísimo siglo XII. Y como posesión principesca, es designada a partir de 1327 con el tratamiento de oppidum. Finalmente, algo más de 33 lustros después, el rey Jan Olbracht adquiere Wadowice junto con todo el principado de Zator, durante el mandato de Janusz IV.

Sin embargo, tantas guerras sufridas en su historia hacen que los monumentos se vean arrasados y no se conserven, aniquilando tristemente para siempre cualquier herencia del pasado. Casi sólo la iglesia parroquial se conserva, donde el actual Papa Juan Pablo II es bautizado el año 1920, a pocos metros de su casa. El coro tiene su origen en el siglo XV, las tres naves en el siglo XVIII, y el resto en el siglo XIX.

En el presente, esta pequeña ciudad de provincia, en aquel valle junto a su acogedor río, es el núcleo comercial y de servicios para la extensa comarca. Por eso es además un importante centro escolar, y foco polarizador para los creadores de los alrededores. En las tertulias de los cafés no es raro encontrar reuniones de la intelectualidad: los maestros y profesores, los del juzgado y del hospital, artistas y poetas...

Pero lo que más llama la atención no son sólo todas esas concomitancias, sino también las semejanzas entre los escudos heráldicos de Sigüenza y Wadowice. Así, esta curiosa casualidad instiga a redactar estos párrafos, como diminuto detalle ofrecido al edificio cada vez más imponente de la cultura seguntina, que se construye gracias al entusiasmo de tantos. Ánimo inspirado por nuestras hermosas piedras, que son continuo acicate para seguir elevando al cielo nuevas torres, y hacer más fuerte y perdurable todo lo que salvaguardan.

Es el mismo príncipe Wladislaw el que le da sus armas, atestiguado por un sello de aquellos años: el águila, figura de esa casa de los Piast silesianos, y la torre, símbolo de su sede en Oswiecim o de los derechos concedidos a la recién nombrada ciudad. En consecuencia, se llega entonces al escudo partido, de azur el primer cuartel, de gules el segundo. Un águila pasmada y una torre (castillo en Sigüenza) los llenan del todo.

Las diferencias son sencillas de observar, sobre todo en el águila y en el orden de la disposición de los muebles y sus respectivos esmaltes. Lo demás son pormenores que les dotan de interesantes características propias a cada uno, cuya comparación posee aún más poder sugerente. Por ejemplo, el águila de Wadowice aparece armada y lampasada de gules, mientras que la de Sigüenza está coronada a la antigua y agarrando un hueso, aunque esto sólo desde aproximadamente el año 1630. Y la torre de Wadowice permanece con su puerta y tres ventanas cerradas, en tanto que el castillo de Sigüenza es calado y se aposenta sobre rocas. El timbre, por demasiado moderno, es preferible no consignarlo para colaborar mejor al fin de estas líneas.

A pesar de eso, lo importante no son las disimilitudes, y puede ser mucho más seductivo quedarse con todo lo que tienen de común. ¡Quién diría alguna vez que dos ciudades cualesquiera, en apariencia tan dispares y lejanas en historia y geografía, pudieran llegar a presentarse tan hermanadas! Así podría suceder en tantas ocasiones, pero, ahora y aquí, Sigüenza y Wadowice...

(Descripción de ambos escudos: Escudos partidos. Primer cuartel, figura de oro en campo azur. Segundo cuartel, figura en campo de gules. Las figuras son el águila pasmada y el

castillo o torre, que lo llenan todo.)

Nota: No se extiende este escrito en el blasón de Sigüenza, pues los lectores posiblemente conozcan bibliografía suficiente, sobre todo desde la publicación del excelente trabajo de Antonio Sevilla y Ernesto Alcolea, titulado “El escudo heráldico de Sigüenza”, en la misma Sigüenza el año 1990.